



NAVIDAD

En el

Club

★ UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

**NAVIDAD EN EL CLUB
UNA HISTORIA EROTICA
NINA KLEIN**

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

ATENCIÓN: ESTA ES UNA HISTORIA CON ESCENAS DE
SEXO EXPLÍCITO, APTA SOLO PARA UN PÚBLICO
ADULTO. SOLO PARA MAYORES DE 18 AÑOS.

CAPÍTULO 1

Por un momento tuve miedo de que el portero no me dejase entrar al club. Le miré, alto y grande, con un traje oscuro y camisa también oscura, debajo del letrero con el nombre del club, al lado de la puerta cerrada. Yo no estaba vestida para matar, como el resto de gente que estaba en la puerta, algunos haciendo cola detrás de las catenarias, otros parados en grupitos en la acera. La gente no solo estaba vestida de viernes por la noche, estaban vestidos de fiesta: lentejuelas, boas de plumas, brillantina en la piel y en el pelo... Los hombres iban prácticamente todos con traje y no habían podido usar mucho su imaginación: alguna corbata roja, y poco más.

Aquel era un sitio con clase.

¿Qué llevaba yo puesto? El abrigo negro casi hasta los pies, de corte masculino, que usaba todos los días. Debajo del abrigo, unos vaqueros pitillos oscuros, unos botines, y un jersey fino negro que era el mismo que había llevado ese día a la oficina.

Ahora estaba allí, con el pase de socia que no era mío quemándome en el bolsillo del abrigo. Con las prisas, no había cogido ni bufanda ni gorro, y debía hacer como cero grados. Se me estaban congelando las orejas. Tampoco había cogido bolso: todas mis cosas -bueno, el móvil, las llaves y la cartera, lo único que llevaba encima- estaban en los bolsillos interiores de mi abrigo.

Miré de nuevo al portero que, a pesar de toda la gente que había en la puerta, me miraba directamente a mí, con curiosidad. Leí el letrero sobre la puerta. *Poison*. Tomé aire.

Tenía que entrar. Tenía que saber lo que estaba pasando, necesitaba saber la verdad. ¿Que era una neurótica y una desconfiada? Quizás, pero llevaba dos días sin poder dormir ni concentrarme ni hacer nada más, y necesitaba salir de dudas.

Me quité la coleta que llevaba y me pasé los dedos por mi melena negra, para intentar mezclarme un poco más con el ambiente. Era absurdo, porque llamaba un montón la atención de todas formas. Sobresalía exactamente por mi normalidad: era la única persona que no iba de punta en blanco, la única que no se había pasado más de dos horas preparándose antes de acudir allí. *Qué clase de sitio es este*, pensé. Bueno, sabía exactamente el tipo de sitio que era. Y por eso estaba allí.

Me acerqué al portero, nerviosa, con el corazón en la garganta. Me sonrió y me dio las buenas noches. Bueno, por lo menos parecía amable. Tragué saliva y le tendí la tarjeta.

Pasó el escáner por encima.

-Que pases una buena noche, Lidia -dijo el gigante.

Me imaginé que el nombre le había salido en el escáner, y por eso me había llamado Lidia.

Y no, no iba a pasar una buena noche, porque no iba a socializar, ni a divertirme. Mi objetivo era otro. Y tampoco me llamaba Lidia, la tarjeta con la que iba a entrar al club no era mía.

Pero evidentemente no dije nada de eso. Le sonreí de vuelta, o lo intenté, musité un *gracias* apresurado y entré en el club.

¿Qué hacía allí, un 23 de diciembre, en el club *Poison*, un club sexual del que no había oído hablar hasta un par de días antes? Buena pregunta.

Todo había empezado exactamente entonces, un par de días antes, en la oficina.



TRABAJO en el departamento de marketing de una gran empresa, una firma de moda prestigiosa con oficinas en todo el mundo. Ropa que no me puedo permitir ni en sueños. No gano mal, pero no puedo pagar mil dólares por un jersey o unos pantalones, ya ni hablar de un bolso, que costaba más del doble. Así era el mundo de los artículos de lujo.

Estaba en la oficina, decía, hablando con mis compañeros en el descanso, hablando de lo que iban a hacer por Navidad. Era día 21 de diciembre, había un ambiente festivo en la oficina y muchos de ellos se iban directamente al aeropuerto cuando terminásemos la jornada para pasar las fiestas con sus familias. De eso estábamos hablando, de con quién íbamos a pasar el día de Navidad: había tres personas que se quedaban solas en la ciudad y estaban organizando una comida navideña para no sentirse tan miserables.

-Al final este año también me sumo, chicos... -dije, un poco de bajón. Los dos últimos años era lo que había hecho, mi familia tan desperdigada por todo el globo terráqueo que juntarnos una vez al año todos en el mismo sitio era prácticamente imposible. Aparte, mis padres ya no estaban y mis hermanos tenían sus propias familias y casas.

-¡Anda! No te habíamos dicho nada porque pensábamos que ibas a pasar las navidades con Henry.

Suspiré. Eso pensaba yo también. Llevábamos saliendo casi un año y nos habíamos prometido un par de meses antes. La idea era pasar las navidades con él y conocer a su familia, pero al final se había torcido la cosa.

-No, Henry está en Vermont, se fue hace un par de días. Iba a ir con él este año a celebrar las navidades en su casa, con su familia, pero su padre está en el hospital y la verdad, me ha dicho que mejor no vaya, no es el momento para presentaciones...

Era una faena, porque llevábamos casi un año juntos y aunque conocer a la familia política siempre era un palo, no me apetecía pasar las navidades sola, la verdad, otro año más.

Y queríamos poner la fecha de la boda ya, un mes que le fuese bien a todo el mundo.

-¿Henry está en Vermont? -preguntó extrañada mi jefa, Lidia. En realidad era la jefa del departamento, pero era como una de nosotros, no hacíamos distinciones. Solo que ella tenía el despacho grande, en vez de trabajar en un cubículo como nosotros, y seguramente el triple de sueldo. Aparte de eso, minucias.

-Sí... ¿por qué?

Había llevado a Henry a un par de eventos de la empresa, y allí era donde le habían conocido.

Lidia tenía el ceño fruncido.

-No, por nada... -dijo, y cambió de tema inmediatamente, recomendándonos restaurantes para la comida de Navidad.

No me quedé satisfecha, pero lo dejé correr. Durante el resto de la conversación me apartó la mirada y no era lo que solía hacer. Cuando se acabó la pausa y volvimos todos a nuestros puestos y ella a su despacho, la seguí.

Había dejado la puerta entreabierta. Aún así, llamé antes de asomar la cabeza.

-¿Se puede?

Levantó la cabeza del ordenador y me miró con la cara un poco pálida. Entonces supe que no me lo había imaginado: algo pasaba.

-Sara... pasa.

Cerré la puerta detrás de mí. Las paredes de la oficina de Lidia eran de cristal -literalmente, se veía todo lo que pasaba en su oficina-, pero no quería que nadie nos oyese.

-¿Qué ha sido eso?

-¿El qué?

Lidia me miró con cara de nada, intentando hacerse la inocente. Esperaba que no le diese por jugar al póquer, porque iba a arruinarse. No sabía disimular.

-Antes, cuando estábamos hablando de qué hacer en navidades. Me has preguntado si Henry estaba con su familia en Vermont, como si te extrañase... ¿por qué?

Me miró con los ojos muy abiertos, como un ciervo en medio de la carretera.

-No, no, solo era un comentario...

Estaba empezando a tener una sensación muy chunga, como un agujero que se abría en mi estómago.

-Lidia... pensaba que no pasaba nada, pero tu reacción no es normal. ¿Qué pasa? Puedes decirme lo que sea.

Tragó saliva.

-¿Has oído la expresión matar al mensajero? -preguntó, sin mirarme directamente.

-No voy a matar a ningún mensajero, Lidia. Por malo que sea lo que vayas a decirme.

Y, sinceramente, me esperaba cualquier maldita cosa. Mi imaginación era seguramente peor, mucho peor que la realidad.

Entonces todavía no sabía lo equivocada que estaba. La realidad era peor que cualquier cosa que podría haberme imaginado.

Lidia me miró por fin, con cara de pena.

-¿Cuándo se supone que se fue Henry a Vermont con su familia?

¿"Se supone..."? No empezaba muy bien. Me empezó a latir el corazón a mil por hora.

-Hace tres días.

-Tres días -repitió, como para asegurarse, y empezó a tamborilear con los dedos en el escritorio-. No es la primera vez que le veo, pero pensaba que teníais algún tipo de acuerdo... pero cuando has dicho que estaba en Vermont, he empezado a sospechar que no sabías nada.

-¿Nada de qué? ¿Que no es la primera vez que le ves, dónde?

Me faltaba información. Era como si Lidia estuviese hablando en clave, o siendo obtusa a propósito.

Al fin suspiró, dejó el molesto tamborileo con los dedos y levantó la vista para mirarme.

-Henry no puede estar en Vermont porque anoche estaba en el club Poison.



CAPÍTULO 2

Pues muy bien. Me había quedado igual.
-¿El club Poison? ¿Dónde está eso?

No lo había oído en mi vida, me sonaba a chino. También era verdad que no solía salir muy a menudo de copas, tampoco era como si me conociese todos los clubs de la ciudad.

-Te voy a contar algo, pero por favor, que no salga de aquí -dijo Lidia, seria.

Hice un gesto de impaciencia con la mano, para que siguiese hablando.

-No, en serio. Que no salga de aquí, Sara, porque tú no sabes cómo es la gente. Me ha costado mucho llegar adonde estoy y no quiero que una montaña de cotilleos me entierre y acabe teniendo que irme. Si te cuento lo que te voy a contar es para hacerte un favor, ¿me entiendes? Por favor no repitas nada de lo que te voy a contar a continuación. Es secreto. No lo sabe nadie, ni alguna de mis amigas más antiguas.

-Está bien, está bien. Soy una tumba.

No lo decía por decir, era una persona discreta. Aunque a aquellas alturas lo que me imaginaba era que me iba a decir que era una espía rusa, o a saber, con tanto secretismo.

-El club Poison es un club... de sexo.

Levanté las cejas.

-¿De sexo?

-La gente va a allí a tener sexo, mayoritariamente con desconocidos, aunque puedes también ir con tu pareja a experimentar.

-Vale...

No sabía dónde quería ir con todo aquello.

-Yo soy socia.

Muy bien. Ahora entendía lo del secretismo, la verdad. La gente era como era, todavía, en aquellos tiempos.

-No te preocupes, ya te he dicho que puedes contar con mi discreción -le dije, por si le quedaba alguna duda.

Lidia asintió con la cabeza y tragó saliva, como si le costase seguir hablando.

-Cuando voy al club... suelo ver a Henry allí.

Me quedé paralizada, mirándola. No podía procesar la información que acababa de darme. Era como si las palabras se hubiesen quedado rebotando contra las paredes de su despacho y se negasen a entrar en mi cabeza.

-Pero nunca he tenido relaciones con él, ni loca. Aunque no puedo decir que él no lo haya intentado.

Vaya, esa era una cosa que ni siquiera se me había ocurrido. Mi cabeza estaba todavía intentando conjurar las palabras "club de sexo" y "Henry" en la misma frase.

-Henry frecuenta un club de sexo -dije, ordenando la idea en mi cabeza.

Lidia asintió con la cabeza, despacio.

-Henry, mi Henry, mi prometido, mi pareja desde hace casi un año -dije, para asegurarme. Lidia siguió asintiendo.

Oh dios.

-Y no va allí a echar el rato, a tomar una copa, a estar con los amigos.

Lidia negó con la cabeza.

-Va a practicar sexo.

Asintió, también con la cabeza. A ese paso se le iba a desencajar.

-Con desconocidos-. Me asaltó una duda de repente-. ¿Desconocidos? ¿Desconocidas? ¿Ambos? ¿A la vez?

Lidia siguió asintiendo con la cabeza, y tuve que imaginar que el asentimiento era a todas las preguntas que le acababa de hacer.

Oh dios dios, dios.

Dios.

Lo que necesitaba ahora era recopilar información, la máxima posible, antes de derrumbarme.

-¿Hace mucho que le ves por allí?

-Hará unos cuatro meses, más o menos, que le vi la primera vez. Y luego le he visto días sueltos de la semana. Sobre todo de lunes a viernes.

De lunes a viernes, por supuesto. Cuando se suponía que estaba súper cansado de trabajar y no podíamos vernos, ni quedar a cenar, ni ir al cine, ni podía pasarse por mi casa ni yo por la suya. Rendido estaba, decía, después de todo el día trabajando y de ir al gimnasio. *Hecho polvo, Sara, te lo juro. No puedo ni mover una pestaña.* Sólo nos veíamos los fines de semana porque todavía vivíamos cada uno en nuestro piso. Nos habíamos prometido pero no vivíamos juntos.

Ahora podía dar gracias por eso.

-¿Y él te ha reconocido?-. Henry había venido a un par de actos de mi empresa, y le había presentado a mi jefa. Incluso había estado hablando con ella.

Lidia negó con la cabeza.

-Cuando te haces socio te dan un antifaz que puedes ponerte cuando empiezan las... actividades. Para evitar ese tipo de situaciones.

¿Ese tipo de situaciones? Para evitar que te pueda ver alguien que le diga a tu mujer o familia que eres un puto depravado, supuse.

-¿Y cómo le has reconocido, con el antifaz puesto?

No era que no la creyese, ni mucho menos. Nadie podría inventarse algo tan retorcido y absurdo, y menos que nadie mi jefa, con la que siempre me había llevado bien. Pero quería tener todos los detalles antes de perder la puta cabeza por lo que me estaba contando en ese momento.

-Yo suelo llevar máscara. Él... no.

Me la quedé mirando, sin pestañear, sin procesar.

-Por eso pensé que lo sabías, como no se ocultaba... -siguió diciendo-. Pensaba que tenáis una relación abierta. Incluso no sabía si tú también ibas al club, casi todas las mujeres llevan máscara allí, ya sabes cómo son los prejuicios, no es lo mismo, debería ser lo mismo pero no es lo mismo, tienen más que perder si alguien las reconoce... de verdad que creía que eras una de las mujeres con las que... bueno, que creía que estaba contigo, a veces. Hasta que has dicho que se había ido a pasar las navidades con su familia a Vermont. Es absurdo entonces, porque o tú estabas mintiendo, para lo que tienes absolutamente cero razones, o el que estaba mintiendo era él. Lo siento, estoy desvariando, es lo que hago cuando estoy nerviosa... por favor por favor reacciona, Sara. Lo siento mucho, muchísimo. Si puedo hacer algo por ti...

En ese momento, lo único que necesitaba era toda la información que pudiese reunir. Mi vida se había derrumbado y quería saber de dónde habían salido los cascotes, cuánto era el daño. Para empezar a reconstruir, aunque en ese momento no tuviese eso en la cabeza.

-¿Cuándo le has visto? En el club, cuándo le has visto en el club. La última vez -aclaré.

-Anoche.

Miserable bastardo cucaracha. Había estado hablando con él por teléfono la tarde anterior e incluso me dijo que había una tormenta de nieve en el pueblo enano de Vermont de donde era su familia. Seguro que tenía la *app* del tiempo abierta en el ordenador mientras hablaba conmigo.
¡Bastardo!

-¿Cuándo crees que volverá a ir al club? -pregunté.

Lidia suspiró.

-No sabría decirte, pero dentro de dos días es la fiesta de Navidad. Siendo un cliente habitual, es raro que se la pierda. Además, luego el club cierra unos cuantos días, hasta el veintiocho o veintinueve de diciembre, no sé... ¿por qué?

-Porque quiero pillarle *in fraganti*.

Lidia, que yo creo que pensaba que iba a derrumbarme en cualquier momento, mostró interés cuando se dio cuenta de que lo que quería era poner los puntos sobre las íes, no quedarme llorando por las esquinas.

Que probablemente también lo hiciese, pero no en ese momento.

Se inclinó sobre el escritorio, interesada.

-Pillarle, ¿cómo?

-Voy a ir al club ese y le voy a pillar en medio del acto.

Explicaciones. Quería explicaciones.

Lidia volvió a recostarse en su silla.

-No puedes hacer eso.

-¿Por qué no?

-No está abierto al público en general, necesitas ser socio para entrar.

-Pues me da igual, me hago socia.

Lidia negó con la cabeza.

-No es tan sencillo, lleva un proceso, ahora mismo hay lista de espera, y además... la verdad es que la cuota es un pago anual, y es un pastizal.

Fijé la vista en las ventanas tras el escritorio de Lidia. Estaba desolada. Sin poder pillarle *in fraganti* -en medio del acto, con las manos en la masa, con los pantalones bajados- no era lo mismo. Podía ir a la puerta del club ese, sí, para ver si le pillaba al entrar o al salir, pero podía salirme con que estaba tomando una copa y luego soltar una excusa estúpida por la cual no estaba en Vermont, y no podría desmontar esa versión. Era su palabra contra la de mi jefa. A ver, sí, que iba a dejarle de todas formas, pero no quería que empezase a retorcer las cosas como siempre hacía y acabase convenciéndome de que era culpa mía.

Quería golpearle en la cara con su infidelidad.

Al bastardo.

-Hay una cosa que podemos hacer -dijo Lidia de repente. Se mordió el labio-. No es algo muy ético, y nos podemos meter en un lío si se enteran... bueno, me puedo meter en un lío yo, la verdad.

-¿El qué?

Estaba desesperada. No sabía si se notaba, pero lo estaba. Cualquier idea me venía bien.

-Bueno, tampoco sería un lío, pero pueden expulsarme del club, y sinceramente, ahora mismo no puedo pasar sin ir allí, porque no tengo pareja estable ni ganas de buscarla, y me hace un

servicio...

-Al grano, Lidia.

-Yo sí que voy a pasar las navidades con mi familia, en Virginia. Son solo cuatro días, pero si quieres... puedo prestarte mi tarjeta de socia. Mientras no la use. Para que puedas entrar a la fiesta de Navidad.

Ladeé la cabeza.

-¿Eso se puede hacer?

-En teoría, no. En el contrato que firmas al hacerte socio, pone que la tarjeta es personal e intransferible, no solo me pueden echar, creo que me pueden hasta demandar...-. Volvió a morderse el labio-. No creo que sea buena idea.

Pero ya me la había metido en la cabeza, y no me la podía sacar. De todas formas, le veía lagunas al plan. Pero no estaba mal tener la posibilidad.

Aunque de repente me sentí cansada, mucho, y me dio una pereza enorme todo aquello.

-Mira, da igual... esperaré a que supuestamente vuelva de donde su familia para romper el compromiso. No es algo que me apetezca hacer por teléfono, la verdad.

Miré el anillo de compromiso en mi mano. Joder, qué depresión.

-Hasta entonces tendré que fingir que me puto creo que está en el puto Vermont mientras me cuenta hasta dónde llega la nieve. Bastardo.

-Sara...

Lidia suspiró. Luego se agachó detrás del escritorio y cogió su bolso, supuse que lo tenía apoyado en el suelo, y sacó su cartera. De allí sacó una tarjeta negra, y la sujetó entre el dedo índice y el corazón.

-Escúchame, y escúchame bien: la tarjeta la escanean en la puerta, el otro día le escuché decir a James, el portero, que esta semana se iba de vacaciones, así que pondrán a un portero de repuesto que no te reconocerá. No hables con nadie, entra solo un momento, vete justo después de las diez, si Henry está allí y ha pasado a la acción, a esas horas seguramente estará en medio del acto. Pero por favor, por favor que no te pillen...

Le cogí la tarjeta sabiendo casi seguro que no iba a usarla. Me había parecido buena idea en su momento, pero de repente no me veía con fuerzas. Lo único que quería era llegar a casa, meterme debajo de cincuenta mantas y llorar.



CAPÍTULO 3

Dos días después, el 23 de diciembre, mi visión del mundo era otra. No había vuelto a hablar con Henry. Evitarle había sido facilísimo, mucho más fácil de lo que pensaba en un principio. Simplemente, no le había llamado.

No me había dado cuenta hasta entonces de que era siempre yo la que le llamaba, la que iniciaba el contacto. Él nunca llamaba, nunca se acordaba de mí. Así que no le había llamado, no me había puesto en contacto con él, y por consiguiente no sabía nada de él desde hacía dos días.

Pero claro, tampoco podía echárselo en cara: follarse a todo lo que se mueve no solo lleva su tiempo, sino que además cansa.

Quería estar enfadada, de verdad. Supuse que lo estaría, en unos días, unas semanas. Ahora mismo lo único que estaba era cansada. Y por una vez me alegraba de no tener casi familia, nadie a quien tener que llamar para darle la mala noticia de que ya no estábamos prometidos.

Había empezado, eso sí, a deshacer los pocos planes que había ido haciendo aquellas últimas semanas. Vamos, que había borrado mis tableros de boda de Pinterest. Boda, vestido, sitios, menús, *etc.* También había ido recopilando las revistas de novias que había ido dejando tiradas por casa y las había bajado al contenedor de reciclar papel.

Menos mal que aún no habíamos elegido una fecha -estábamos esperando a que yo conociera a su familia en Navidad, *ja-* y no tenía nada que cancelar, no había perdido ningún depósito.

Evidentemente, también había cancelado los planes para pasar las navidades con mis compañeros de trabajo. No estaba de humor. No les había dicho eso, claro está, o habrían venido a mi casa a sacarme de las orejas. Les había dicho que me había surgido algo de última hora. Mentiras, mentiras y más mentiras. No me gustaba mentir, pero parecía que esa era la tónica últimamente.

Así que iba a pasar el día de Navidad sola, comiendo algo de una lata, o una pizza congelada, o directamente nada, mientras me atiborraba a dulces navideños y hacía zapping hasta encontrar la enésima reposición navideña de *Love Actually*.

Lo que no entendía -y no quería volver al tema, pero es que *era* el tema- era por qué Henry me había pedido que me casara con él... es que no lo entendía, la verdad. Llevando la doble vida que llevaba... no era necesario. Era como si lo hubiese hecho porque era lo que había que hacer, porque era el paso siguiente, lógico.

Pues muy bien.

Así que allí estaba, en casa, comiéndome la cabeza, el 23 de diciembre, el día de la fiesta navideña en el club Poison. La tarjeta que Lidia me había dejado me miraba desde el borde de la mesa del salón, donde la había puesto para que no se me olvidara devolvérsela.

No iba a ir. ¿Para qué? ¿Para montar una escena?

Hasta que empecé a flaquear y a darle vueltas a si de verdad Lidia había visto lo que creía haber visto... ¿y si no era Henry, solo alguien que se le parecía?

¿Iba a fiarme de la primera persona que me contase que mi prometido me engañaba? Podía ser un malentendido. Podía ser muchas cosas. Por un momento imaginé que Henry estaba de verdad en Vermont, su padre enfermo, y yo allí tirando revistas de boda... miré el anillo de compromiso en mi mano, que todavía no había sido capaz de quitarme. Sí, estaba siendo una infantil y una caprichosa, actuando sin pensar, por impulsos. Tenía que asegurarme. Hasta que no viese con mis propios ojos que Henry me estaba engañando, mantenía la esperanza. Era lo último que podía perder, y era lo que le debía a Henry. Habíamos estado casi un año juntos. Le debía un voto de confianza. Así que cogí la cartera, las llaves y el abrigo que estaba colgado al lado de la puerta y salí de casa, tal cual estaba.



TOTAL, que entré por fin al club. La chica súper joven de recepción me dijo que si quería que me guardase el abrigo, y le dije que no con la cabeza. Levantó las cejas, sorprendida, y no me extrañaba porque era raro y dentro seguramente haría calor, pero es que no quería quitarme el abrigo y además tenía todo en los bolsillos y era mi escudo contra el mundo. En vaqueros y jersey me sentía como desprotegida.

Además, no iba a quedarme mucho tiempo.

Entré por otra puerta, y allí estaba: Dentro. De. El. Club.

Joder, qué coño estaba haciendo allí, cómo me arrepentía de haber puesto un pie dentro.

La decoración era totalmente navideña: colgaban guirnaldas y bolas doradas y rojas del techo y de las paredes, había lucecitas por todas partes, tiras de espumillón, mucha brillantina y mucha lentejuela.

Matar al mensajero. Me acordé de lo que me había dicho Lidia, no sé por qué, cuando vi los cuerpos restregarse unos contra otros en la pista de baile.

Mentiría si no dijera que tenía una especie de rencor absurdo contra ella, y era injusto, con todo lo que me había ayudado. Pero supongo que el portador de malas noticias siempre acaba salpicado, de alguna manera.

Miré a mi alrededor: estaba todo el mundo vestido. Es solo la pista de baile, me dije. Pero no había nada de lo que había descrito Lidia. ¿Era aquello un club sexual? Había visto más acción cualquier sábado por la noche, cuando era joven y salía de fiesta. No es que ya no fuese joven: es que no salía de fiesta.

No sabía si treinta y dos años era joven o no, pero definitivamente aquel ya no era mi estilo, mi rollo: ponerse de punta en blanco, un vestido ceñido, un escote pronunciado, tacones, ¿para exactamente qué? La caza. Era lo que más me gustaba de estar con Henry, de tener una relación estable. Que la caza había terminado.

Tomé aire. Vale, ya estaba dentro del club.

¿Y ahora qué?

El abrigo que no había querido guardar en el ropero me pesaba y me daba un calor horrible, como si estuviera hecho de lava.

Miré a mi alrededor, estuve un rato navegando entre el mar de gente. No había ni rastro de Henry, y nadie me prestaba atención, cada uno estaba a lo suyo.

Quizás Lidia se había confundido. Quizás simplemente era alguien que se parecía a Henry...

Me había recorrido casi todas las mesas y gran parte de la pista de baile, y estaba buscando un punto desde donde poder ver el club a vista de pájaro, a ver si tenía más suerte -aunque encontrar allí a Henry no era precisamente suerte, la verdad, más bien lo contrario: suerte sería no encontrarle- cuando llegué a la barra circular que estaba en el centro de la pista.

-¡Hola!-. La chica de detrás de la barra, joven, con coleta rubia y una camiseta con el nombre del

club en el pecho, parecía más una monitora de aerobio que la camarera de un club como aquél. Llevaba una cinta de espumillón dorado alrededor del cuello, como si fuera un collar, y una diadema con cuernos de reno. No sé por qué, pero me había imaginado que las camareras de aquel lugar serían un poco más... sofisticadas, quizás. Como las modelos de las ferias de coches, o chicas de calendario.

La chica me sonrió, súper amigable. Mucho me temía que la expresión de mi cara me delataba, y por eso estaba siendo tan amable conmigo.

-Hola -respondí.

-¿Qué quieres tomar?

Me miró ladeando la cabeza, como pensando, "¿estás segura de que quieres estar en este lugar? Estás en vaqueros y tienes cara de desesperación... no es la mejor combinación posible". Vale, igual no estaba pensando eso y me lo parecía a mí, sobre todo teniendo en cuenta que todo el mundo a mi alrededor estaba bailando, riendo, pasándose bien, vestidos con sus mejores galas, y yo allí parada con el abrigo puesto y cara de tener una piedra en el riñón.

-Creo que nada-. Miré a mi alrededor-. Es esto... -carraspeé-. ¿Es esto todo?

-¿Todo?

-Me habían dicho que esto era un club de sexo.

Esta vez la chica me miró más fijamente, los ojos entrecerrados, supongo que intentando averiguar cuáles eran mis intenciones.

-No, esto no es todo-. No dijo nada durante unos segundos, y luego dijo-. ¿Puedo ayudarte en algo?

-Estoy buscando a alguien. Estoy buscando... -mi atención se vio distraída por una pareja, una pareja que caminaba, ella con la mano apoyada discretamente en el culo de él, cubierto por un pantalón de traje. Empezaron a subir unas escaleras que estaban en uno de los laterales, iluminadas con luces Led-. No importa.

-Espera... -escuché decir a la chica de detrás de la barra, pero ya daba igual, ya me había dado la vuelta y me dirigía yo también hacia las escaleras.

No sabía qué iba a encontrarme, me estaba moviendo por impulsos. Era lo que había estado haciendo desde que había salido de casa: moverme por impulsos. No pienses, solo actúa, averigua.

Al pie de las escaleras me paré un segundo y pensé, *vete a casa, Sara*. Nada bueno puede salir de esto. Vete a casa, déjale a Henry un mensaje en el buzón de voz del móvil, que te llame mañana, le preguntas lo que le tengas que preguntar. O mejor, sigue pensando que Lidia se equivocó de persona.

Sí, claro. Como si pudiese volver atrás después de haber llegado hasta allí. Tenía que salir de dudas.

Empecé a subir las escaleras. *La verdad os hará libres*. No sabía si quería ser libre. Lo que quería era largarme de allí, cuanto antes, con una respuesta. O sí o no.

Así que empecé a subir las escaleras.

Total, no tenía nada que perder... o eso pensaba.



CAPÍTULO 4

Oh dios mío.
Vale, vale, no nos pongamos nerviosos... hasta entonces no había sentido una necesidad imperiosa de quitarme el abrigo, aunque tenía calor: tenía las cosas en los bolsillos y aunque no corrían riesgo de caerse -los bolsillos se cerraban con una cremallera-, no tenía ganas de llevarlo en la mano, la verdad.

Pero en ese momento tuve que quitármelo, porque de repente sentí calor, mucho calor.

Hacía mucho calor allí arriba, pero no era solo la temperatura física: nada más cruzar el umbral me encontré con todo tipo de cosas. Con lo que se suponía que era un club de sexo, vamos.

Posturas. Gemidos. Gente en diferentes grados de desnudez. Gente en... oh dios, gente teniendo sexo en grupo. Y la música que sonaba de fondo era... ¿un villancico?

Por el amor de dios. Los dueños debían tener un sentido del humor retorcido.

-Ah, ah, ¡aaaaaaaah!

Una mujer se corrió a un metro de mí. O eso, o estaba ensayando ópera... me quitaba el sombrero: tener un orgasmo al ritmo de "Jingle Bells" tenía su mérito. Yo no creía que fuese capaz, me daría la risa. Aunque viendo al maromo que tenía detrás, que era quien se lo había proporcionado... no era precisamente risa lo que me entraba.

Tragué saliva. Cogí mi jersey con dos dedos de la mano derecha y me lo separé del cuerpo unas cuantas veces, para darme aire.

A ver, Sara, céntrate.

El caso era que no se veía mucho, la estancia estaba en penumbra a propósito, supuse, para conservar la intimidad, pero yo lo veía todo como si tuviese rayos láser en los ojos, visión nocturna incorporada.

Supuse que era mi determinación por reconocer a Henry. Era un poco embarazoso, porque para encontrarle tenía que fijarme en la cara de las diversas parejas/grupos y sinceramente, mirar fijamente no era la cosa que más me apetecía en aquel momento. Aunque a la gente parecía no importarle mucho.

Así que aquel era el sitio donde Henry pasaba las noches que no estaba conmigo. Miré a mi alrededor: aparte de los actos sexuales constantes que me rodeaban por todos lados, la estancia era grande, con una zona de sofás que parecían confortables -quién limpiaba aquellos sofás y con cuánta frecuencia era una información que prefería no tener, gracias- y una especie de cristaleras al otro lado del pasillo, como escaparates. Me acerqué un poco. Al otro lado de las cristaleras... sí. Más sexo. Madre del amor hermoso, no había visto nada igual en mi vida.

Detrás de la ventana número uno había una -afortunada- mujer rodeada de... sí, cuatro hombres. A cual más apetecible: de diversos tamaños, formas y colores, pero todos atractivos, musculosos... y grandes. Me costó despegar los ojos de la escena, pero tenía que seguir mi camino. Tenía que seguir buscando a Henry.

La segunda ventana tenía el interior oculto por unas persianas de lamas.

En la tercera ventana había una pareja. Pasé rápidamente sin fijarme porque empezaba a impacientarme y no había ido allí a mirar.

La cuarta ventana... era un sindiós. Había mogollón de gente allí dentro, ni siquiera pude contarla porque había brazos y piernas que no se sabía de dónde salían... era una orgía con un grupo de gente, todos con todos, gente cambiando en cinco minutos... me preocupé un poco porque me daba la sensación de que estaban a punto de completar el aforo permitido por habitación. Había tanta gente que no podían casi ni moverse, aunque sinceramente, tampoco hacía falta moverse mucho, ni hacía falta mucho espacio, teniendo en cuenta que la mayoría de los cuerpos estaban ensartados unos con otros, como las piezas de un puzzle.

La gente estaba en el suelo, contra la pared, por todas partes. Encima de la cama había dos mujeres a cuatro patas, y sendos hombres las estaban penetrando desde atrás. Desde atrás, y *por detrás*. Estaban además besándose entre ellas, y acariciándose los pechos.

Justo en aquel momento otro hombre se situó detrás de uno de los hombres que estaba empotrando a una de las mujeres, y empezó a penetrarle. Tragué saliva. Nunca había visto nada igual. El hombre número uno aumentó la intensidad de las embestidas a la mujer número uno, que se agarró al cabecero para poder mantener el equilibrio. A la vez, el hombre número uno, siendo follado también por detrás, echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en el hombro del hombre que le estaba taladrando.

Fue entonces cuando le vi la cara, y fue entonces cuando vi que era Henry.

Henry, mi Henry, mi prometido Henry. Henry, con el que llevaba saliendo casi un año. Henry.

Henry, "al final resulta que no estaba en puto Vermont" Henry.

Henry, "me gusta que me den por detrás mientras estoy dando por detrás" Henry.

Lo primero que pensé fue: cómo me alegro de haber usado siempre condón.

Lo segundo que pensé fue, nada. Me quedé allí, viendo cómo mi prometido me engañaba con múltiples personas, lo cual no lo hacía mejor ni peor: la verdadera guinda era verlo en directo. Una cosa era que te lo contaran, y otra verlo. Era como un choque de trenes, no podía apartar la vista. Estaba viendo mi vida derrumbarse y no podía apartar la vista.

-¿Eres nueva? -preguntó alguien a mi espalda.

La pregunta me sacó de mi ensoñación. Había más gente en aquel lugar, aparte de mí y el grupo tras el cristal. Había más gente aparte de mí, Henry, la persona a quien estaba penetrando y la persona que le estaba penetrando. La realidad no se reducía a mis desastres. Aunque en aquel momento lo pareciese.

-¿Estás buscando a alguien? ¿Puedo ayudarte?

Era la segunda persona que me preguntaba si podía ayudarme en menos de quince minutos. Qué amables eran todos en aquel garito, qué bien.

Me di la vuelta para no ser una maleducada y responder. Estaba tan bien educada que incluso me preocupaba de los demás cuando se me acababa de romper el corazón.

Me di la vuelta y me topé con el segundo botón de una camisa blanca. Levanté la vista, algo que no estaba acostumbrada a hacer porque bajita no soy, y además llevaba unos botines de tacón medio. Pero el tipo era alto, alto. Y tenía una mandíbula cuadrada, un pelo revuelto oscuro un poco rizado maravilloso y unas manos elegantes de dedos largos que sujetaban un vaso ancho con un líquido ámbar oscuro.

También tenía la nariz recta, los ojos de un color indeterminado y los labios -sobre todo el inferior- gruesos.

La gente allí era atractiva, eso estaba claro. Y no poco.

Le vi fruncir el ceño.

-¿Estás llorando? ¿Te ha pasado algo?

Me cogió ligeramente del codo y miró a uno y otro lado, como si alguien hubiese podido hacerme algo, con toda la ropa que llevaba encima.

Me pasé la mano por la cara y, efectivamente, tenía las mejillas húmedas, y un mechón de pelo se me había pegado a la cara por las lágrimas. Era curioso. No me había dado cuenta.

Le miré a los ojos. No tenía ganas de responder, de hablar, de emitir ningún sonido. Tenía un nudo en la garganta y mucho me temía que si intentaba hablar me iba a salir el graznido de un cuervo.

Negué con la cabeza a uno y otro lado y mi pelo se movió conmigo, menos el mechón pegado a la mejilla por las lágrimas. Me lo despegué.

-No es nada -dije por fin, la voz ronca, casi no se me entendió.

El tipo miró por encima de mi hombro, hacia la escena que se estaba desarrollando al otro lado del cristal.

-¿Las orgías te ponen triste? -preguntó.

No pude evitarlo. Empecé a reírme a carcajadas, como si fuera una demente.

Pero es que me había hecho gracia. Y no estaba en mi mejor momento.

El tipo me miró como si estuviera loca, lo cual no me extrañaba. Como si estuviera pensando en cómo podía salir corriendo sin quedar mal.

-¿Estás bien? -preguntó.

Volví a limpiarme las lágrimas, esta vez de risa.

-No exactamente.

-¿Puedo ayudarte?

Era la segunda vez que lo preguntaba.

-Muchas gracias, pero no te conozco de nada.

-Adrian.

Era un nombre bonito. Adrian, con énfasis en la primera A.

Adrian.

Que me hubiese dicho su nombre tampoco suponía ninguna diferencia, seguía sin conocerle de nada. Aún así, le tendí la mano. No me di cuenta de que la tenía cubierta de lágrimas hasta que me la estrechó.

-Sara -dije, esperando que se limpiase en el pantalón del impecable traje que llevaba, pero no lo hizo.

-En serio, Sara. Está claro que te pasa algo. Dime cómo puedo ayudarte. Aunque sea desahogándote: puedo escuchar. Sé escuchar. No te dejes llevar por lo que ves a tu alrededor: en realidad he venido aquí esta noche buscando conversación.

A pesar de todo lo que tenía encima, no pude evitar sonreír. Adrian, el del nombre bonito y el traje caro. Le miré, ladeando la cabeza. Estaba rodeado de mujeres espectaculares, desnudas o medio desnudas, gimoteantes, ¿y se acercaba a mí? ¿A mí, con la cara llena de lágrimas, vaqueros y jersey? Quizás estaba aburrido. ¿Se podía aburrir uno de demasiado sexo y de gente demasiado atractiva? No sé, nunca me había visto en la situación.

Señalé el cristal a mi espalda haciendo un gesto con el pulgar, por encima de mi hombro. No podía darme la vuelta. No podía enfrentarme otra vez a la mentira que era mi vida.

-Uno de los hombres que están participando alegremente en esa orgía es mi prometido.

El hombre parpadeó un par de veces.

-Y no, no lo hemos hablado y no hemos llegado a la conclusión de que queremos una relación

abierta -seguí diciendo-. Es mi prometido de una relación monógama de casi un año. Se suponía que iba a conocer a su familia estas navidades. Se suponía que él estaba en Vermont, con ellos. Pero no, está aquí, metiendo la polla en agujeros ajenos que yo misma tengo inexplorados. No sé si me explico.

El tipo levantó las cejas.

-Como un libro abierto -dijo-. De todas formas, la parte del engaño se sobreentiende... si tuvieseis una relación abierta no estarías llorando pegada al cristal.

-No estaba llorando pegada al cristal.

El tipo asintió con la cabeza.

-Sí que lo estabas... por eso me he acercado.

Crucé los brazos sobre el pecho.

-Muy bien. Muchas gracias. Estoy perfectamente, ¿ves? Ya se me ha pasado. Ya te puedes ir.

El tipo no se movió. En vez de irse, me tendió su vaso.

-Es whisky. No lo he probado. Creo que a ti te hace más falta que a mí.

Miré el vaso con desconfianza. ¿Y si se dedicaba a echarle cosas a la gente en la bebida y luego aprovecharse de ellas...? Hoy en día no te podías fiar de nadie.

-No, no he drogado la bebida -dijo, leyéndome la mente-. De todas formas, puedo probarla primero si quieres, para que te quedes más tranquila.

-Si no es molestia.

-Ninguna. Para eso estamos.

Le dio un sorbo al whisky, y no pude evitar fijarme en su cuello, su garganta morena al tragar.

Mmmm.

Luego me tendió el vaso. Lo cogí y vacié el contenido de un trago. Me quemé la garganta y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ponerme a toser. En vez de eso, empezaron a llorarme los ojos, pero con la llorera de antes apenas se notaba. Aunque Adrian me miraba con una sonrisilla. Así que sí que se había dado cuenta del fuego que abrasaba mi esófago.

El whisky me hizo un efecto inmediato, asentándose en mi estómago vacío.



CAPÍTULO 5

-Vamos a sentarnos.

Adrian me llevó hasta uno de los sofás que estaban más apartados. Ya se me había olvidado mi reflexión de antes sobre los sofás y la higiene. Todo se me había olvidado cuando había visto a mi prometido penetrando y siendo penetrado.

Oh dios, esa imagen. Un whisky no era suficiente. Diez botellas de whisky no iban a ser suficientes.

Nos sentamos en un rincón apartado donde no había nadie fornicando por lo menos en un metro a la redonda. Un milagro, casi.

-¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que le esperemos a la salida y le peguemos una paliza?

Sonreí casi sin querer.

-Era broma -dijo Adrian rápidamente-, lo digo por si lo estás considerando... la violencia no es la solución.

No sería la solución, pero me sentaría tan bien... y era lo que más me apetecía en aquel momento.

-No te creas que no me tienta -musité.

Me arrepentí de haberme bebido el whisky tan rápido. Ahora no sabía qué hacer con las manos.

-¿Estás mejor?

Asentí con la cabeza.

-Un poco... aunque otro whisky no me vendría mal.

-Necesitas distraerte... -miró un poco a su alrededor-. Podemos follar un rato, si quieres.

Di un salto hacia atrás en el sofá.

-No, gracias. Pero gracias.

Tenía que irme de allí... ¿qué estaba haciendo allí? Dios, estaba rodeada de pirados.

-No, en serio: se te van a quitar todos los males -dijo.

-O me van a entrar otros nuevos.

-¿Alguna vez has estado con una mujer? Mira, ¿ves a esas dos de ahí? Podrías unirte...

-No... -sacudí la cabeza cuando me di cuenta de que estaba respondiéndole en serio-. ¿Pero qué coño te pasa? Estoy aquí hecha polvo, y tú...

Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. Diciendo salvajadas, burradas a cual más gorda, para distraerme.

Lo peor -o lo mejor- es que lo estaba consiguiendo. Le miré con los ojos entrecerrados.

-Sé lo que estás haciendo.

-¿Tirándote los tejos? ¿Seduciéndote?

Si era su forma de seducir, tenía un problema.

-No, porque a), si esa es tu técnica de seducción, tienes un problema, y b), sé que lo estás haciendo para distraerme.

-¿Por qué? No te conozco de nada. Intentar tener sexo salvaje contigo es una explicación más

lógica.

-Hum.

Igual tenía razón, pero algo me decía que no. Algo me decía que era un buen tipo, de los que casi no quedan -para muestra, mi exprometido-, y que estaba intentando distraerme.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la habitación y salieron algunas personas por ella, las que se habían aburrido de la orgía, supuse. Eran dos, y ninguna era Henry.

-Quítame el jersey -dije de repente.

-¿Qué? -Adrian se sobresaltó a mi lado, lo cual me demostraba que todo era de boquilla: lo único que estaba intentando hacer era distraerme, no follarme.

-Vamos a sentarnos ahí, que hay más luz y se nos ve más -le cogí de la mano y le llevé a un sofá libre que había casi frente a la puerta por la que acababan de salir las dos personas.

Cuando nos sentamos, volví a decir:

-Quítame el jersey.

-Qué manía te ha entrado con el jersey. No entiendo nada.

Me giré para mirarle, con urgencia.

-Por esa puerta -dije, señalando con el dedo la puerta de la habitación- va a salir en cualquier momento Henry. Mi prometido. Exprometido, mejor dicho. Así que hazme el favor, quítame el jersey para que pueda quedarme en sujetador y darle un poco de su propia medicina.

-Tus deseos son órdenes.

Levanté los brazos y me quitó el jersey, despeinándome en el proceso. Me aparté el pelo de la cara. Dejé el jersey encima de mi abrigo.

Miré hacia abajo, a mis pechos. *Uh-oh*. Tenía unos pechos generosos -o sea, las tetas grandes-, no excesivamente, pero eran míos y me gustaban. Pero no me acordaba de que aquel día llevaba un sujetador deportivo negro, que más parecía una camiseta de hacer deporte que una prenda de lencería.

Aquello era lo menos sexy del mundo. Entre los vaqueros y aquel sujetador-top, parecía que estaba tomando unas cañas en vez de en un club de sexo.

-Esto no va a funcionar -dije, mientras miraba mi sujetador. De un solo movimiento me lo desabroché y me lo saqué por los brazos. Lo dejé con el resto de mi ropa.

-Un momento, un momento-. Adrian me miró los pechos y la cara, alternativamente, con los ojos muy abiertos-. ¿Qué haces? No es que me queje, pero, ¿qué estás haciendo?

-Este sujetador no es sexy. Es más un top que otra cosa. Si quiero darle un poco de su propia medicina a Henry, sentada aquí en vaqueros y un top no voy a hacer nada...- le miré mientras se me ocurría una idea-. Me voy a sentar en tu regazo.

Esa era la idea que se me acababa de ocurrir.

Sin esperar a su permiso, me senté encima de sus piernas pero de cara a la puerta. O sea, Adrian estaba sentado normal en el sofá, y yo estaba sentada encima de él pero dándole la espalda, mirando hacia la puerta.

La postura era incomodísima, se me estaban clavando las costuras de los vaqueros en todas partes. Me desabroché el botón para tener más espacio para respirar.

-Sara, no te parece que esto es un poco... -empezó a decir Adrian a mi espalda, detrás de mí. No supe lo que iba a decir a continuación, porque en ese momento se abrió la puerta de la habitación y, actuando por impulso, le cogí las manos y las coloqué sobre mis pechos desnudos.

Ni que decir tiene que se le olvidó lo que estaba diciendo.

Me acomodé un poco mejor en su regazo, y algo empezó a clavarseme en la parte baja de la espalda.

Uh-oh.

Adrian tenía las manos frías pero ni las sentí, concentrada como estaba en la puerta. Pero solo salió una mujer. ¿Henry todavía estaba dentro? ¿No había tenido ya suficiente?

-Sara... -dijo Adrian detrás de mí, con la voz un poco estrangulada.

-¿Sí? -pregunté, distraída. Si no hubiese estado mirando a la puerta como si pudiese abrirla con la mente, me habría dado cuenta antes de que la posición que teníamos en ese momento era un poco, *ejem*, comprometida.

Adrian me habló al oído.

-¿Significa esto que puedo tocarte?

-Ya me estás tocando -respondí, sin quitar los ojos de la puerta.

-No-. Me rozó los pezones con sus pulgares, suavemente, y la respiración se me quedó atascada en la garganta - ¿Significa esto que puedo *tocarte*?

La voz era grave, ronca, teñida de deseo. Estaba tan concentrada en Henry y en la puerta que sin darme cuenta había cruzado la línea: aquello ya no era un juego. El deseo era real.

Sentí la humedad entre los muslos, gracias a los pulgares expertos de Adrian, que seguían acariciándome los pezones hasta que convirtieron en dos botones duros.

Me mordí el labio para no gemir, aprovechando que Adrian no podía verme la cara.

La reacción de mi piel fue extrema, como si no me hubiesen tocado en años. Quizás tenía que ver con el sitio en el que estaba, con la semi oscuridad, o que efectivamente Henry no me había tocado en no sé cuánto tiempo. Aunque claro, a él no le hacía falta, tenía... repuestos.

De repente, a la nueva luz de los acontecimientos, empezaba a verle las costuras a un montón de cosas. Quizás me había precipitado al comprometerme con Henry. Nuestra relación no era tan idílica como pensaba. A la vista estaba, teniendo en cuenta dónde estábamos ambos en aquel momento.

Adrian volvió a rozarme con sus pulgares y me olvidé de Henry, mi nombre y el sitio en el que estaba. Eché la cabeza hacia atrás.

-No me has contestado -dijo Adrian.

Dios, me estaba torturando.

Era tan alto que podía mirarle solo echando la cabeza hacia atrás, sin girarla.

-Como te acabo de decir, ya me estás tocando...

Agachó un poco la cabeza y me besó. Al principio fue un poco tentativo, poniendo sus labios sobre los míos, rozándome, hasta que abrí la boca debajo de él y aprovechó para meter la lengua, un beso pasional, erótico, como no me habían dado nunca ninguno. El mejor beso de mi vida.

Gemí dentro de su boca, y Adrian siguió haciendo magia con sus dedos, sus manos, su lengua. Cuando estaba empezando a entrarme tortícolis paró el beso. Miré hacia delante a la vez que me echaba hacia atrás, apoyándome en él, arqueando la espalda. Aprovechó para atacar mi cuello desde atrás, besarme en mi punto flaco, entre el cuello y el hombro.

Oh dios, iba a morir...

Bajó una de sus manos por mi estómago. No tenía el estómago más plano del mundo, Henry no dejaba de decirme que tenía que quitarme el azúcar, *como he hecho yo, así bajas la barriguita*, y lo metí hacia adentro casi sin darme cuenta, por vergüenza.

-Relájate, Sara -dijo Adrian, confundiendo mi vergüenza con otra cosa. No era yo quien iba a sacarle de su error.

Llegó a la cinturilla de mis vaqueros, con el primer botón que me había desabrochado yo antes. Me desabrochó el resto con dedos ágiles, precisos, mientras con la otra mano seguía acariciándome los pechos, los pezones, suavemente... iba tan despacio y era todo tan lento, que

estaba empezando a volverme loca.

-¿Puedes darte prisa? Me voy a volver loca -le dije, ansiosa.

Sentí su sonrisa, los labios curvándose en mi cuello.

-Esa es la idea.

Tampoco sabía en qué tenía que darse prisa... no era como si tuviese planeado, o pensado, qué iba a pasar a continuación. Qué iba a hacer. Mis siguientes pasos. Me movía por impulsos, como había hecho lo que llevaba de noche.

Y no me había ido tan mal, moviéndome por impulsos. Igual era lo que tenía que hacer a partir de entonces, en vez de tenerlo todo planificado, porque ya veía cómo me habían ido las cosas últimamente... no demasiado bien.

Adrian metió la mano por dentro del pantalón y *bam*, bingo. A la primera. Nada de estar media hora frotando a ver qué encontraba, ni de tener que moverle yo la mano.

Increíble.

El primer hombre en mucho, mucho tiempo que no necesitaba un mapa o un croquis para encontrar mi clítoris... existían tales tipos, y parecía ser que Adrian era uno de ellos.

-Oh, dios -gemí.

-Me llamo Adrian...

Solté una carcajada sin poder evitarlo. Adrian dio vueltas suavemente con dos dedos sobre mi clítoris, despacio, despacio, al mismo ritmo pausado con el que seguía acariciándome los pechos y besándome el cuello, y empecé a subirme por las paredes.

Me subían calambres por las piernas.

-Adrian... por favor, por favor... -gemí, medio ida.

-¿Por favor, qué? -preguntó, con una sonrisa en la voz.

Por favor necesitaba un orgasmo, y lo necesitaba ya.

-Necesito correrme... por favor por favor...

-Tus deseos son órdenes.

Entonces deslizó hacia abajo los dos dedos que tenía sobre mi clítoris y empezó a introducirlos dentro de mí. Solté un gemido. Con el pulgar siguió acariciándome el clítoris. Me mordí el labio. Dios, qué bien lo hacía todo, suave, despacio, me desesperaba pero a la vez hacía que el placer fuese más intenso, que se me acumulase en la parte baja del estómago.

-Qué húmeda estás... -dijo Adrian, innecesariamente. Lo estaba, y lo sabía-. Y qué caliente...

Eso también. Y no solo donde Adrian metía y sacaba sus dedos deliciosamente, sino caliente en todas partes, de repente la piel me ardía, tenía tanto calor que parecía que iba a sufrir combustión espontánea.

Entonces pasó. Llevaba un rato formándose la ola, y de repente, sin avisar, rompió en la orilla: uno de los orgasmos más intensos que había tenido hasta entonces me recorrió de arriba a abajo, con calambres en las piernas, visión doble, palpitaciones: todo. Arqueé la espalda y me apoyé en Adrian, que seguía metiendo y sacando sus dedos, torturándome el clítoris, haciendo el placer más y más intenso.

-Para por favor, no puedo más, es demasiado...

No paró del todo, pero sí bajó el ritmo, dándome tiempo a recuperarme.

Sacó los dedos de dentro de mí pero dejó la mano dentro del pantalón. Luego me besó el cuello, suavemente, y subió los labios hasta mi oído, rozándome el lóbulo de la oreja.

-¿Estás bien?

Estaba más que bien. Estaba tan bien que podría perfectamente quedarme dormida, allí, sentada encima de un tipo al que acababa de conocer apenas media hora antes y que acababa de

proporcionarme un orgasmo un minuto antes, con las tetas al aire.



CAPÍTULO 6

-**I** magínate qué pasaría -susurró Adrian en mi oído- si saliese Henry por esa puerta y te encontrase abierta de piernas... totalmente expuesta, para que te vean todos, sentada en mi regazo mientras te follo, mientras te la meto una y otra vez... tus tetas grandes botando, la piel sudorosa, gimiendo... la venganza sería total.

Vale: se me había quitado el sueño de repente y del todo.

No hacía falta que siguiese hablando. Si se trataba de convencerme, le sobraban la mitad de las palabras. Estaba completamente excitada y, la verdad, lo último que tenía en la cabeza en aquel momento era mi exprometido y la dichosa puerta.

Vale, mentiría si dijera que una -pequeña- parte de mí no seguía pensando en vengarse...

-¿Me ayudas a quitarme los vaqueros? -dije-. Son súper ajustados.

Adrian rió en mi oído.

Me ayudó a quitarme los pantalones, los botines, no era fácil y, sinceramente, tampoco nada erótico, pero me daba igual: la gente a nuestro alrededor tampoco parecía que estuviesen preocupados de posar o de si algo era erótico o no, además, estaban a lo suyo, así que tras unos minutos de forcejeo con mi ropa, estaba desnuda.

Del todo.

Mi ropa en un montón a nuestro lado.

Volvió a sentarme encima suyo, de cara a la puerta, de espaldas a él. Exactamente como estaba antes, sentada en su regazo, con las piernas completamente abiertas.

Él seguía vestido, con la camisa y la chaqueta, y noté su calor detrás de mí.

Empezó a maniobrar, desabrochándose el cinturón y la cremallera del pantalón. Me levantó de las caderas y me colocó con la punta de su sexo justo en mi entrada.

Yo estaba totalmente húmeda y sensibilizada del orgasmo que acababa de tener. Aún así le noté invadirme poco a poco, ancho, duro, y contuve la respiración mientras entraba... entraba...

-Adrian... ¡Adrian!

-Ya casi está, cariño, ya casi... ¡Ah!

Se le notaba en la voz el esfuerzo de bajarme poco a poco, de no soltarme de golpe.

Ya estaba, ya estaba del todo. Sentí en mis nalgas el contacto con sus muslos, la tenía insertada totalmente. Adrian me acarició el culo, las caderas, la espalda, mientras yo emitía pequeños gemidos.

-Acostúmbrate.

Era imposible. Podría estar follándome horas -ojalá, ojalá- y no me acostumbraría nunca.

Era grande, era ancha, era larga... era deliciosa. No me podía creer mi suerte.

-Ah, joder, Adrian, qué es esto...

-Esto -empujó las caderas hacia arriba, y casi me desmayo -es una buena polla. Si tienes que preguntar, es porque el idiota de tu exprometido tiene la polla pequeña... o no sabe usarla.

Solté una carcajada, seguida de un gemido.

-Las dos cosas.

Le sentía dentro de mí, muy dentro de mí. Tenía las piernas completamente abiertas y Adrian tenía razón: estaba totalmente expuesta a las miradas de cualquiera que pasase por allí.

No me importaba.

Pasó la manos por delante de mí, como había hecho antes. Con una me acarició los pechos, la otra la bajó y puso los dedos en el lugar por donde estábamos unidos.

-Mira qué dentro está, Sara... ¿la sientes?

¿Que si la sentía? No podía sentir otra cosa, estaba totalmente empalada en él, y quien dijera que el tamaño no importa estaba mintiendo, porque oh, oh sí, tenía el tamaño justo, perfecto, para llegar a todos los rincones, rozar mi punto G, satisfacerme...

-Sube y baja... despacio.

Me ayudó desde atrás, con una mano en mi cadera. Me incliné hacia adelante y puse las manos en sus piernas, para poder impulsarme.

-Adrian... Adrian, ah, sí...

Puso las manos en mis caderas para ayudarme pero yo había encontrado un punto de apoyo en sus rodillas y empecé a subir y bajar rápidamente, a penetrarme con su polla dura, hasta el fondo, una y otra vez.

No podía parar, no podía ir despacio. No pensé en que estaba en público y había gente mirando, no pensé en nada.

El sexo con Henry había sido tan mediocre aquel último año, que no me había dado cuenta lo hambrienta que estaba. No era capaz de recordar la última vez que había tenido un orgasmo. Con Henry, claro. Con mis dedos no tenía ningún problema.

Pero con mis dedos no era lo mismo: necesitaba un hombre como aquél con una polla como aquella, que supiese lo que estaba haciendo y que me llenase del todo...

Era curioso, me había pasado un montón de tiempo mirando a la puerta, pero cuando por fin se abrió y salió Henry ni me enteré. Y no me habría enterado, si no hubiese escuchado un "¡Sara!" airado.

Allí estaba, frente a mí, vestido y todo digno. Eso fue lo que más me irritó: todo digno, como si el agraviado fuera él.

Bueno, tengo que ser sincera, tengo que decir que esto lo pensé a posteriori, porque en aquel momento estaba a otra cosa...

-¡Ah! ¡Ah! ¡Aaaaaaah!

Si tengo que decir algo, creo que Adrian me dio más fuerte todavía cuando Henry empezó a hablarme, penetrándome una y otra vez con su polla inmensa. Lo cual hacía difícil que mantuviese cualquier tipo de conversación con mi exprometido.

Le vi mirar hacia donde Adrian y yo estábamos unidos, mis tetas botando, y puso cara de disgusto.

Imagínate, después de lo que le había visto yo hacer.

Me excité todavía más, que era casi imposible, cuando le vi allí, de pie, mirándome. Me gustaba que estuviese mirando mientras otro hombre me follaba como él no había sabido -o querido-hacerlo.

-Henry -dije, de forma entrecortada-. Ya... no hay... compromiso, ¡ah!

-Evidentemente. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué significa esto?

-Te ha pillado con las manos en la masa, tío -dijo Adrian, sin perder el ritmo ni un instante-. Te ha visto antes, antes de que decidiese que era mejor que yo la follara... Te ha visto follando y

siendo follado, así que ahora no te pongas tan digno.

Empecé a acariciarme mis propios pechos, casi ajena a la conversación que estaba teniendo lugar frente a mí.

Ví el brillo de algo en mi mano y me di cuenta de que todavía llevaba puesto el anillo de compromiso. Me lo quité, no sin esfuerzo, mientras Adrian me cogía de las caderas y me subía y bajaba cada vez más rápido y más fuerte.

Se lo tendí a Henry.

-Toma, antes de que lo pierda con tanto movimiento...

Lo cogió casi como si no supiese lo que era, y se quedó mirándolo en la palma de su mano.

-Por cierto... *aaaah* -cerré los ojos un instante, intentando concentrarme-. Gracias por descubrirme este sitio, es una maravilla, *mmmmm*... no estaría aquí si no fuera por ti...

Adrian pasó una mano por delante, empezó a acariciarme el clítoris y me perdí. No sabía si Henry seguía allí o no, solo sabía que empecé a correrme, intensamente, con una corriente eléctrica, como si hubiese pisado un cable, metido los dedos en un enchufe, o en la tostadora, como cuando calientas un café en el microondas y te has dejado la cuchara de metal dentro y no te das cuenta...

-¡Joder joder, me corro! ¡Ah, sí sí siiiiiiií!

Después de eso ya no recuerdo más, solo una luz blanca que me llamaba. Conseguí recuperarme al de un rato, sudorosa y con calambres en todos los músculos del cuerpo, solo para ver a Henry todavía delante de mí, el anillo en la palma de la mano extendida, mirándome con la boca abierta, sobrecogido de espanto.

-Por cierto -le dije, cuando pude recuperar el aliento-. Que pases una buenas navidades en Vermont con tu familia. Ya nos veremos... nunca.



CAPÍTULO 7

Henry salió corriendo como la comadreja que era. Me importó menos que nada. Como tampoco me importaba estar completamente desnuda sentada encima de Adrian, con -y de esto me di cuenta cuando intenté moverme- su polla todavía dura dentro de mí.

-¿Estás bien? -me preguntó, y no sé si refería a Henry, a lo que acabábamos de hacer, o a la experiencia cósmica que acababa de tener.

La respuesta era la misma en los tres casos:

-Estoy de maravilla.

Cogió el lóbulo de mi oreja entre los dientes y tiró ligeramente.

-Levántate y date la vuelta.

Solo con la voz, ronca y llena de deseo, ya se me erizaba la piel.

Al final fue él quien tuvo que moverme porque no me funcionaban las piernas.

Me dio la vuelta y me puso contra el respaldo del sofá, las rodillas sobre los cojines, las piernas abiertas. Sentí su mano entre mis piernas, y aunque apenas me rozó estaba tan sensibilizada que me mordí el labio para evitar un gemido. Para evitar gritar.

Se colocó detrás de mí y noté su sexo duro en la base de mi espalda.

-Necesitas que te follen bien, y que te follen mucho, para recuperar el tiempo perdido-. Me besó el cuello desde atrás, justo debajo de la oreja-. ¿Quieres más?

-Sí -dije, como pude.

-¿Quieres que te folle otra vez?

Esta vez asentí con la cabeza.

Tenía la mejilla apoyada en el respaldo del sofá. Acercó su cara a la mía y me apartó el pelo de la cara.

-Pídemelo por favor -me dijo al oído, la voz ronca, su aliento caliente acariciándome la piel.

-Por favor... por favor, por favor -dije, en un susurro, super excitada, la piel ardiendo-. Por favor, Adrian, fóllame...

Noté la punta de su sexo duro y caliente en mi entrada, y empujó hacia adelante. Me penetró hasta el fondo de un solo movimiento, su polla enorme completamente dentro de mí, y ya no me sirvió morderme el labio, tuve que gritar, y grité, un grito que tuvo que oírse en la planta de abajo.

A partir de ahí, ya no me dio tregua: no fue despacio, como antes, cuando tenía que acostumbrarme a él. Me folló duro, rápido, embistiendo rápidamente contra el sofá, todo mi cuerpo moviéndose con la fuerza de sus embestidas... fue increíble.

-Sara, Sara... tómate, eso es, sí, abre un poco más las piernas. Bien fuerte, bien adentro... ¿te gusta?

Adrian estaba perdiendo el control, y yo no podía responder, no podía hablar... la potencia con la que me estaba empujando contra el sofá, una y otra vez, como si me estuviese castigando con su polla, penetrándome, ensanchándome en cada movimiento... El placer era insoportable. Gemí

como una loca, agarrándome al respaldo del sofá, gritando hasta casi quedarme ronca.

-¡Sí, sí! ¡Más fuerte, más fuerte!

No sabía ni lo que estaba diciendo, más que nada porque si me daba más fuerte iba a partirme en dos.

Me metió el pulgar en la boca y lo chupé. Luego puso el pulgar humedecido sobre mi puerta trasera y empezó a moverlo de un lado a otro, a introducirlo poco a poco por mi ano...

-¡Ah! Adrian...

Era algo que nunca había probado, que nunca nadie me había hecho, pero mezclado con las embestidas, con la fuerza de su polla metida una y otra vez en mi coño, me estaba encantando. Además, lo hacía como lo había hecho todo, despacio, despacio, introduciendo la punta del dedo y moviéndolo en círculos, luego un poco más... me estaba volviendo loca, eché la cabeza hacia atrás y el pelo se me pegó a la espalda empapada de sudor. Intenté empujar hacia atrás para que su pulgar entrara más, porque lo necesitaba, pero me paró con la otra mano en la cadera.

-*Shhhh...* tranquila, no seas impaciente... ¿Te gusta?

-S-sí... por favor, por favor más, más...

Por una vez me hizo caso y dejó de torturarme, metiéndome el dedo más adentro, hasta que estuvo dentro del todo, hasta el nudillo. Entre eso y que seguía penetrándome, fuerte y rápido, no podía más del placer, estaba a punto de correrme.

-Ah, Sara... ¿te gusta, verdad? El tipo ese te tenía muerta de hambre, hambrienta de placer... eres una mujer caliente, y necesitas que te follen mucho y muy a menudo. Ven aquí...

Me reincorporé en el sofá y pegué la espalda a su pecho.

-Adrian... Adrian...

Lo único que podía hacer era repetir su nombre, una y otra vez. Bajó una mano hasta mi clítoris, puso dos dedos encima y solo lo rozó: ahí fue cuando estallé. Cerré los ojos y juraría que vi fuegos artificiales debajo de los párpados: de repente todo fue demasiado, las embestidas, el dedo en el culo, el clítoris, todo. Empecé a temblar violentamente y el orgasmo más intenso que había sentido en mi vida me sacudió de pies a cabeza. Incluso superando al que acababa de tener antes, enfrente de Henry. Por un momento pensé que me iba a desmayar...

-¡Ah ah ah! ¡Sí, sí, así, me corro...!

No sé por qué sentía la necesidad de anunciarlo para todo el mundo, nunca había sido de hablar durante el sexo, pero allí estaba: no solo hablando, sino gritando. Y con público.

Me quedé desmadejada, sin saber en qué plano de la realidad estaba, y fue entonces cuando noté que Adrian me había agarrado de las caderas y estaba embistiendo erráticamente, así que supe que también él estaba a punto.

-*Aaaah*, Sara, sí, qué bien, *mmm...* qué rica estás, me encanta follarte...

Embistió un par de veces más, apoyó la cabeza en mi hombro y allí emitió un gruñido. Se quedó quieto, respirando apoyado en mi espalda.

Solté una carcajada, sorprendida.

-Ha sido... no tengo palabras.

Adrian todavía estaba recuperando la respiración.

Salió de dentro de mí y me di la vuelta. Se subió los pantalones, se los abrochó y fue cuando me di cuenta de que yo estaba completamente desnuda mientras él seguía vestido.

Empecé a buscar mi ropa encima del sofá, consciente de repente de mi desnudez delante de todo el mundo.

No es que fuera la única, de hecho había más gente sin ropa que con ella, pero aún así no estaba acostumbrada.

-No te vistas todavía -me dijo Adrian con voz ronca-. Ten, ponte esto de momento...

Adrian cogió mi abrigo y me tapó con él. Luego se inclinó sobre mí y empezó a jugar con un mechón de pelo que caía cerca de mi frente.

-Sara... quiero volver a verte. Creo que ha quedado claro, pero por si acaso te lo aclaro ahora: quiero volver a verte.

-No soy socia del club -dije, con pena.

Y la verdad, tampoco me veía haciéndome socia, sobre todo después de que Lidia me dijese lo que costaba. No le iba a sacar partido. Por muy bien que me lo acabase de pasar, por muy excitante que hubiese sido -y lo había sido- el polvo con Adrian, el sexo en público y con gente diferente cada vez no era lo mío. No sabía qué se había apoderado de mí aquella noche: el afán de venganza, lo bueno que era Adrian con las manos, el ambiente... pero vamos, que no me veía volviendo allí.

Se me bajó el ánimo a los pies.

Adrian frunció el ceño.

-Si no eres socia del club, ¿cómo has entrado?

Me mordí el labio.

-Con la tarjeta de una amiga.

-De todas formas, da igual -siguió diciendo Adrian-. No me refería a verte dentro del club. Me refería a fuera. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

Nada. Después de poner una excusa a mis amigos del curro, mi plan era calentarme algo en el microondas mientras veía un especial en la televisión o buscaba en alguno de los servicios de streaming una peli navideña.

-Nada en especial -respondí, guardándome para mí lo del microondas y la peli de streaming. No quería sonar más patética de lo que ya era.

-¿Por qué no vienes a mi casa?-. Trazó un camino con su dedo índice desde la base del cuello hasta mi escote y bajando, llegando hasta mi ombligo.

-¿No las vas a pasar con tu familia?

Negó con la cabeza.

-He estado trabajando hasta hoy, me ha sido imposible volar... mañana peor todavía. Además, no hacemos una gran celebración en Navidad. Somos más de Acción de Gracias.

El dedo llegó directamente hasta mi clítoris, debajo del abrigo donde estaba tapada.

Tomé aire.

-¿Qué me dices? Podemos... conocernos mejor.

Sabía a qué se refería con *conocernos*, pero me parecía bien. Estupendo. Maravilloso, incluso.

Follaba de maravilla y había demostrado tener un gran sentido del humor, un sentido del humor retorcido, parecido al mío. ¿Qué más podía pedir?

-De acuerdo -dije.

Sonrió lentamente y deslizó dos dedos dentro de mí. Aguanté la respiración.

-De acuerdo entonces -dijo-. Vamos a celebrarlo.

Se inclinó sobre mí y me besó.

FIN



¡Feliz Navidad!

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

El Regalo de Navidad



Tener una crisis en medio del supermercado ya era patético de por sí.

Tener una crisis en medio del supermercado a dos días de Navidad, con villancicos sonando de fondo, en el pasillo de los licores después de encontrarme con mi exmarido y su nueva novia...

No tenía precio.

Sobre todo cuando mi exmarido lo era desde hacía solo tres horas, la novia no era tan nueva y tenía un pedrusco en la mano del tamaño del Empire State.

Menos mal que rondando por allí estaba el reponedor macizo que había venido a rescatarme de mi ataque de llanto... y que quizás podría rescatarme de algo más: de las Navidades más deprimentes de mi vida.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

[La Fiesta de Halloween](#)



Era la mejor fiesta de Halloween en la que había estado nunca. Qué digo, era la mejor fiesta de Halloween *del mundo*. Un hotel de lujo, buena comida, bebida, música...

Era una pena que no quisiera estar allí.

Mi amiga Dana me había arrastrado contra mi voluntad, y me había improvisado un disfraz de colegiala sangrienta en cinco minutos.

Estaba horrorosa. La supuesta sangre era vino tinto, no digo más.

Así que allí estaba, en una esquina, aburrida, deseando irme de la mejor fiesta de Halloween del mundo.

Hasta que se me acercó un tipo, un *dios* en traje que tampoco quería estar en aquella fiesta, y que lo tenía todo: era guapo, atractivo, divertido, con clase...

¿Lo malo? Que también tenía novia.

¿Lo bueno? Que la noche era muy larga... y podía pasar de todo.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Lláname Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

[La Última Fantasía](#) (El Club 6)

[Trilogía 2 El Club](#) (El Club 4, 5 y 6)

[Todo El Club: Serie Completa](#) (El Club 1-6)

TRILOGÍA "ROMANCE EN VACACIONES"

[Unas Vacaciones de Ensueño](#) (Romance en Vacaciones 1)

[Bienvenida al Paraíso](#) (Romance en Vacaciones 2)

[Un Golpe de Suerte](#) (Romance en Vacaciones 3)

[Trilogía Romance en Vacaciones](#)

TRILOGÍA "LA FIESTA DE SAN VALENTÍN"

[Romance en la Oficina](#) (La Fiesta de San Valentín 1)

[La Jefa](#) (La Fiesta de San Valentín 2)

[Una Mujer de Mundo](#) (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Navidad en el Club

La Fiesta de Halloween

Un Día de Playa

Ex Luna de Miel

Cumpleaños Feliz

El Almacén

Enemigos Íntimos

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 2 (Recopilación de historias eróticas)
